

la berma para apearse en Moisselles, Jorge, que no había cesado de hablar de la hermosura de la posadera de Saint-Brice con el padre Léger, exclamó:

—Toma, el paisaje no es malo, gran pintor.

—Bah! no debe asombraros, á vos que habeis visto el Oriente y la España.

—Y de la que tengo todavía dos cigarros! Si esto no molesta á nadie, quereis acabar con ellos, Schinner? porque el jovencito ha tenido bastante con algunas bocanadas de humo.

El padre Léger y el conde guardaron un silencio que pasó por una aprobacion, así los dos narradores fueron reducidos al silencio. Oscar, irritado de que le llamaran jovencito, dijo, en tanto que los dos jóvenes encendian sus cigarros:

—Si no he sido ayudante del general Mina, caballero, si no he estado en Oriente, iré quizás. La carrera á que me destina mi familia me ahorrará, lo espero, la incomodidad de viajar en *coucou*, cuando tenga vuestra edad. Despues de haber sido un personaje, una vez en mi puesto, sabré conservarlo....

—*Et cætera punctum!*—prorumpió Mistigris, remedando la voz de pollo constipado que hacia aún más ridiculas las palabras de Oscar, porque el pobre niño se hallaba en el periodo en que la barba apunta, en que la voz toma su metal. Despues de todo, añadió Mistigris, *los extremos se tocan*, (los extremos se tocan)!

—A fe mia,—dijo Schinner, los caballos no podrán andar con tantos cargos.

—Vuestra familia, jóven, piensa destináros á una carrera, y á cuál?—preguntó gravemente Jorge.

—La diplomacia,—respondió Oscar.

Tres carcajadas partieron como tres cohetes de la boca de Mistigris, del gran pintor y del padre Léger. El conde mismo no pudo evitar una sonrisa. Jorge conservó su sangre fria.

—Por Alá, no hay de que reir,—dijo el coronel á los que se reian. Unicamente, jóven,—prosignió dirigiéndose á Oscar, se me figura que vuestra respetable madre se halla por el momento en una posicion social poco conveniente para una embajadora.... Llevaba un cesto muy digno de estimacion y un añadido en sus zapatos.

—Mi madre! caballero?—dijo Oscar con un movimiento de indignacion. Eh! era la criada de nuestra casa.

—De nuestra casa, es muy aristocrático eso,—exclamó el conde interrumpiendo á Oscar.

—El rey dice *nosotros*,—replicó con altivez Oscar.

Una mirada de Jorge reprimió la risa que se apoderaba de todos, asimismo hizo comprender al pintor y á Mistigris cuan necesario era manejar á Oscar para explotar aquella mina de burlas.

—Ese caballero tiene razon,—dijo el gran pintor al conde, mostrándole á Oscar, las personas de calidad dicen *nosotros*, solo la gente de poco más ó menos dice *mi casa*. Siempre tiene uno la mania de aparentar poseer lo que no posee. Para un hombre cargado de condecoraciones....

—El señor continua, pues, siendo decorador?—prorumpió Mistigris.

—Vosotros conoceis apenas el language cortesano.

Solicito vuestra proteccion, Excelencia, —añadió Schinner volviéndose á Oscar.

—Felicítome de haber viajado en compañía, sin duda alguna, de tres hombres que son ó serán célebres: un pintor ya ilustre,—dijo el conde, un futuro general y un jóven diplomático que devolverá algun día la Bélgica á la Francia.

Despues de haber cometido el odioso crimen de negar á su madre, Oscar, presa de la rabia al adivinar cuanto se burlaban de él sus compañeros de viaje, resolvió vencer á cualquier precio su incredulidad.

—No es oro todo lo que reluce, —dijo lanzando centellas por los ojos.

—No se dice así!—exclamó Mistigris. Así: *todo lo que reluce no es fuerte*. No progresareis mucho en la diplomacia, si no poseeis mejor vuestros proverbios.

—Si no sé bien los proverbios, sé á donde voy.

—Debeis ir muy lejos,—dijo Jorge, porque la erida de vuestra casa os ha deslizado en el bolsillo provisiones como para un viaje á Ultramar: bizcochos, chocolate.....

—Un pan especial y chocolate, sí, señor,—prosiguió Oscar, para mi estómago cuya excesiva delicadeza no puede digerir los guisotes de las posadas.

—Esos guisotes son tan delicados como vuestro estómago,—dijo Jorge.

—Ah! me gustan los guisotes,—exclamó el gran pintor.

—Esa palabra está de moda entre la más selecta sociedad,—continuó Mistigris.

—¿Vuestro preceptor es, sin duda, alguna celebridad, M. Andrieux, de la Academia francesa, ó mon-

sieur Royer-Collard?—preguntó Schinner.

—Mi preceptor se llama el abate Loraux, hoy vicario de San Sulpicio,—prosiguió Oscar, recordando el nombre del confesor del colegio.

—Habeis hecho bien, educándoos particularmente,—dijo Mistigris, porque *el fastidio nació un dia de la Universidad*; pero le recompensareis á vuestro abate?

—Ciertamente, algun dia será obispo,—respondió Oscar.

—Para honra de vuestra familia,—dijo sériamente Jorge.

—Contribuiremos á colocarle, porque el abate Frayssinous va con frecuencia á casa.

—Ah! conoceis al abate Frayssinous?—preguntó el conde.

—Debe favores á mi padre,—respondió Oscar.

—¿Y vais sin duda á vuestras posesiones?—dijo Jorge.

—No, señor; pero yo puedo decir adonde voy, voy al palacio de Presles, á casa del conde de Sérisy.

—Ah! diantre, vais á Presles,—exclamó Schinner, poniéndose encarnado como una cereza.

—¿Conoceis á su señoría el conde de Sérisy?—preguntó Jorge.

El padre Léger se volvió para ver á Oscar, y le miró con aire estupefacto, exclamando:

—¿M. de Sérisy está en Presles?

—Así parece, puesto que voy allí,—respondió Oscar.

—¿Y habeis visto al conde muchas veces?—preguntó á Oscar M. de Sérisy.

BIBLIOTECA ALFONSEINA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE YES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

—Ni más ni ménos que os estoy viendo á vos,—respondió Oscar. Soy amigo de su hijo que tiene mi edad, diez y nueve años, y montamos á caballo juntos casi todos los días.

Un guiño de Pierrotin al padre Léger tranquilizó completamente al arrendatario.

—A fe mia,—dijo el conde á Oscar, me alegro de encontrarme con un jóven que puede hablarme de ese personaje; necesito de su proteccion en un asunto bastante grave, y en que le costaria muy poco favorecerme, se trata de una reclamacion cerca del gobierno americano. Me convendria mucho adquirir informes acerca del carácter de M. de Sérisy.

—Oh! si quereis alcanzar algo,—respondió Oscar, tomando un aire malicioso, no os dirijais á él, sino á su mujer; está enamorado de ella hasta la locura, nadie mejor que yo sabe hasta que punto, y su mujer no puede aguantarle.

—¿Y por qué?—dijo Jorge.

—El conde padece enfermedades de la piel que le vuelven horroroso, y que en vano el doctor Aliberto se esfuerza en curar. De suerte que M. de Sérisy daría la mitad de su inmensa fortuna por tener un pecho como el mio,—dijo Oscar apartando su camisa y mostrando una encarnacion de niño. Vive retirado en su hôtel. De manera que se necesita tener mucha influencia para encontrarle en él. Primero se levanta muy de mañana, trabaja desde las tres hasta las ocho; desde esta hora se dedica á sus remedios: baños de azufre ó de vapor. Se le cuece en especies de cajas de hierro, porque no abandona la esperanza de curarse.

—Si tiene tanta influencia con el rey, por qué no se hace tocar por él?—preguntó Jorge.

—Esa mujer tiene, pues, un marido en cáscara?—dijo Mistigris.

—El conde ha prometido treinta mil francos á un célebre médico escocés que le trata en este momento,—continuó Oscar.

—Pero entonces no habria que censurar á su mujer si se entregase á mejor suerte....—dijo Schinner que no acabó.

—Lo creo,—dijo Oscar. Ese pobre hombre está tan arrugado, tan viejo, que le hariais ochenta años! Está flaco como un pergamino, y por su desgracia, comprende su posicion.

—No debe oler bien,—dijo el jocoso padre Léger.

—Caballero, adora á su mujer y no se atreve á reñirla,—prosiguió Oscar; representa con ella escenas capaces de hacer reventar de risa, absolutamente como Arnolfo en la comedia de Molière....

El conde, aterrado, miraba á Pierrotin, quien, al verle impasible, imaginó que el hijo de Mme. Clapart divulgaba calumnias.

—De manera, caballero, que si quereis sacar partido,—dijo Oscar al conde, id á ver al marqués d'Aiglemont. Si teneis de vuestra parte á ese viejo adorador de la señora, tendreis de un solo golpe á la mujer y al marido.

—Es lo que nosotros llamamos *de una piedra hacer dos sueldos*, (matar dos pájaros de una pedrada),—dijo Mistigris.

—Ah, eso es,—dijo el pintor, conque habeis visto al conde en cueros, sois pues su ayuda de cámara?

—¿Su ayuda de cámara?—exclamó Oscar.

—Diablo! no dice uno esas cosas de sus amigos en los carruajes públicos,—prosiguió Mistigris. *La prudencia, jóven, es madre de la sordera*, (la prudencia aparta el engaño). Yo no os escucho.

—Aquí viene bien aquello de *dime con quien andas, y te diré á quien aborreces!*, (dime con quien andas y te diré quien eres).

—Aprended, gran pintor,—replicó Jorge sentenciosamente, que no se puede hablar mal de personas á quienes uno no conoce, y el pequeño acaba de demostrarnos que se sabe á su Sérisy de memoria. Si sólo nos hubiese hablado de la señora, se hubiera podido creer que estaba en buenas relaciones con....

—Jóvenes, ni una palabra más acerca de la condesa de Sérisy!—exclamó el conde. Soy amigo de su hermano, el marqués de Ronquerolles, y el que se empeñase en dudar del honor de la condesa, tendría que responderme de sus palabras.

—Ese caballero tiene razon,—exclamó el pintor, no se debe bromear con las mujeres.

—*Mi Dios, mi honor y mi dama!* He visto este melodrama,—dijo Mistigris.

—Si no conozco á Mina, conozco al guardasellos,—continuó el conde, mirando á Jorge. Si no llevo mis condecoraciones, dijo mirando al pintor, impido que se las den á quien no las merece. En fin, conozco á tanta gente, que conozco á M. Grindot, el arquitecto de Presles... Pará, Pierrotin, quiero apear-me un momento.

Pierrotin impulsó sus caballos hasta el extremo del pueblo de Moisselles, en donde se encuentra una po-

sada en la cual los viajeros se detienen. Este trozo de camino se anduvo en el silencio más profundo.

—¿Adónde se dirige, pues, ese picarillo?—preguntó el conde llevando á Pierrotin al patio de la posada.

—A casa de vuestro administrador. Es hijo de una pobre señora que habita en la calle de la Gerisaie, y á la que con mucha frecuencia llevo fruta, caza, gallinas, una tal Mme. Husson.

—¿Quién es ese caballero?—vino á preguntar á Pierrotin el padre Léger, cuando el conde se hubo separado del cochero.

—A fe mía, no lo sé,—respondió Pierrotin, le conduzco por vez primera; pero podría ser algo semejante al príncipe á quien pertenece el palacio de Maffiers; acaba de decirme que le dejaré en el camino, no va á l'Isle-Adam.

—Pierrotin cree que es el habitante de Maffiers,—dijo á Jorge el padre Léger, volviendo á ocupar su asiento en el carruaje.

En este momento los tres jóvenes, atontados como ladrones sorprendidos en flagrante delito, no se atrevían á mirarse unos á otros, y parecían preocupados por las consecuencias de sus mentiras.

—A eso se llama *hacer más fruto que trabajo*,—dijo Mistigris.

—Ya veis que conozco al conde,—dijo Oscar.

—Es muy posible; pero jamás sereis embajador,—respondió Jorge; cuando uno quiere hablar en los carruajes públicos, debe tener, como yo, el cuidado de no decir nada.

Entonces el conde volvió á ocupar su asiento, y

Pierrotin marchó en medio del más profundo silencio.

—Y bien, amigos míos,—dijo el conde al llegar al bósque Carreau, hétenos aquí mudos como si fuésemos al cadalso.

—En boca cerrada no entran moscas,—dijo sentenciosamente Mistigris.

—Hace buen tiempo,—añadió Jorge.

—¿Qué país es ese?—dijo Oscar, señalando la quinta de Francouville, que produce un magnífico efecto á espaldas de la selva de Saint-Martin.

—¡Cómo!—exclamó el conde, vos que segun decís vais con tanta frecuencia á Presles, no conocéis á Francouville?....

—El señor,—dijo Mistigris, conoce á las personas, pero no á las casas.

—Los aprendices de diplomáticos bien pueden sufrir algunas distracciones!—exclamó Jorge.

—Acordaos de mi nombre!—respondió, furioso, Oscar. Me llamo Oscar Husson y seré célebre dentro de diez años.

Después de estas palabras, pronunciadas con mal tono, Oscar se acurrucó en un rincón.

—¿Husson de qué?—preguntó Mistigris.

—De una gran familia,—respondió el conde, los Husson de la Cerisaie; ese caballero ha nacido al pie de las gradas del trono imperial.

Oscar se ruborizó entonces hasta la raíz de sus cabellos y una terrible inquietud le atormentó. Iban á bajar la rápida cuesta de la Cueva, al pie de la cual se encuentra, en un estrecho valle, al fin de la gran selva de Saint-Martin, el magnífico palacio de Presles.

—Señores,—dijo el conde, os deseo felices progresos en vuestras bellas carreras. Reconciliaos con el rey de Francia, señor coronel: los Czerni-Jorges no deben indisponerse con los Borbones. Nada tengo que pronosticaros, mi querido señor Schinner, porque habeis alcanzado ya la verdadera gloria, y la habeis alcanzado noblemente con obras admirables; pero infundis tales temores, que yo, que soy casado, no me atreveré á ofreceros la gloria en mi campiña. En cuanto al señor Husson, no necesita que le protejan, posee los secretos de los hombres de Estado, puede hacerles temblar. En cuanto á M. Léger, va á desplumar al conde de Sérisy, y solo me resta suplicarle que lo haga con mano firme!

—El comer y el rasear todo es empezar,—dijo Mistigris.

—Dejadme aquí, Pierrotin, mañana volveréis á recogerme en el mismo sitio!—exclamó el conde.

Bajó y se perdió en un camino cubierto de árboles, abandonando á sus compañeros de viaje á la confusion.

—Oh! ese es el conde que ha alquilado á Francouville; va allí,—dijo el padre Léger.

—Si otra vez,—dijo el falso Schinner, me ocurre bromear en carruaje, me bato en duelo conmigo mismo. También tú tienes la culpa, Mistigris, añadió, dando un mojicon en la gorra á su gatuelo.

—Oh! yo, que no he hecho otra cosa que seguiros á Venecia,—respondió Mistigris. Pero *el que quiere ahogar á su perro le acusa de que nade!*

—¿Sabeis,—dijo Jorge á su vecino Oscar, que si por casualidad ese caballero fuese el conde de Sérisy,

CAPITULO ALFONSO

no quisiera hallarme en vuestro pellejo, aunque esté libre de enfermedades?

Oscar, pensando en las recomendaciones de su madre, que estas palabras le recordaron, se puso cálido y dejó de sentir los efectos del vino.

—Ya hemos llegado, señores,—dijo Pierrotin, deteniendo el carruaje ante una hermosa verja.

—¿Cómo que hemos llegado?—dijeron á la vez el pintor, Jorge y Oscar.

—Esa si que es buena,—dijo Pierrotin. ¿Qué es eso, señores, ninguno de vosotros ha venido nunca por aquí? Este es el palacio de Presles.

—Está bien, amigo,—dijo Jorge, recobrando su serenidad. Voy á la finca de los Moulineaux, añadió no queriendo dejar ver á sus compañeros de viaje que iba al palacio.

—Pues bien, entonces venis á mi casa?—dijo el padre Léger.

—¿Cómo qué á vuestra casa?

—Es que yo soy el arrendatario de los Moulineaux. ¿Y en qué podemos servirlos, coronel?

—Dándome á probar vuestra manteca,—respondió Jorge, apoderándose de su cartera.

—Pierrotin,—dijo Oscar, llevad mis efectos á la habitacion del administrador, voy directamente al palacio.

Y Oscar se internó por un sendero, sin saber adonde se dirigia.

—Eh! señor embajador, que os meteis en la selva,—gritó el padre Léger. Si quereis entrar en el palacio dirigíos á la puerta chica.

Obligado á entrar, Oscar se perdió en el gran pa-

tió del castillo, adornado de una inmensa canasta de flores, rodeada de pilares enlazados con una cadena. Mientras el padre Léger examinaba á Oscar, Jorge, á quien habia anonadado la calidad de arrendatario de los Moulineaux tomada por el obeso agricultor, se evadió con tanta rapidez que cuando el hombre burlado buscó á su coronel, ya no le vió. La verja se abrió á instancias de Pierrotin, quien entró orgulloso para depositar en la habitacion del conserje los mil utensilios del gran pintor Schinner. Oscar quedó aturdido de ver instalados en el palacio á Mistigris y al artista, los testigos de sus bravatas. En diez minutos, Pierrotin hubo terminado de descargar los paquetes del pintor, los efectos de Oscar Husson y la linda maleta de cuero que confió con aire misterioso á la mujer del conserje; luego deshizo lo andado, haciendo chasquear su látigo, y tomó el camino de la selva de l'Isle-Adam, conservando en su semblante la burlona expresion de un rústico que calcula beneficios. Nada faltaba á su felicidad, al dia siguiente debia tener sus mil francos.

Oscar, bastante avergonzado, daba vueltas en torno de la canasta, examinando lo que iba á ser de sus dos compañeros de viaje, cuando de repente vió á M. Moreau saliendo de la gran sala llamada de guardias á lo alto de la escalera. Vistiendo un grande abrigo azul que le llegaba hasta los tacones, el administrador, con calzas de piel amarillenta, botas de montar, tenia un látigo en la mano.

—Y bien, muchacho, conque ya has venido! ¿Cómo está tu querida mamá?—dijo asiendo la mano de Oscar. Buenos dias, señores, sin duda sois los pinto-

res que M. Grindot, el arquitecto, nos anunciaba, dijo al pintor y á Mistigris.

Silbó dos veces, sirviéndose del mango de su látigo. Acudió el conserje.

—Conducid esos caballeros á las habitaciones 14 y 15, Mme. Moreau os dará las llaves; acompañadles para enseñarles el camino, encended lumbre, si es necesaria para esta noche, y subid sus efectos á sus habitaciones. Tengo órden del señor conde de ofrecer mi mesa, señores, —prosiguió dirigiéndose á los artistas, comemos á las cinco, como en Paris. Si sois cazadores, podreis divertirlos mucho; tengo un permiso de aguas y bosques; de suerte que aquí se caza en un espacio de veinte y cinco mil fanegas, sin contar nuestras posesiones.

Oscar, el pintor y Mistigris, igualmente avergonzados, cambiaron una mirada; pero, fiel á su papel, Mistigris exclamó:

—*Bah! nunca conviene echar la manga tras el puño.* (echar la sogá tras el caldero!). Adelante siempre.

El pequeño Husson siguió al administrador, quien le arrastró rápidamente hácia el parque.

—Santiago,—dijo á uno de sus hijos, vé á avisar á tu madre la llegada del pequeño Husson, y dile que me veo obligado á ir por un instante á los Moulineaux.

Entonces, contando unos cincuenta años de edad, el administrador, hombre de estatura mediana y de color moreno, parecía muy severo. Su semblante bilioso, al cual los hábitos campestres habian impreso colores violentos, hacia suponer á primera vista un carácter diverso del suyo. Todo contribuia á este en-

gño. Sus cabellos encanecian. Sus ojos azules y una gran nariz á manera de pico de cuervo, le daban un aire tanto más siniestro, cuanto que sus ojos se hallaban demasiado inmediatos á la nariz; pero sus anchos labios, el contorno de su rostro, el aire bondadoso de su andar, hubieran ofrecido á un observador indicios de bondad. Lleno de decision, de palabra brusca, imponia enormemente á Oscar, por efecto de una penetracion inspirada por la ternura que le profesaba. Acostumbrado por su madre á engrandecer al administrador, Oscar se sentia siempre pequeño en presencia de Moreau; pero, al hallarse en Presles, experimentó un movimiento de inquietud, cual si esperara algun daño de este paternal amigo, su único protector.

—Y bien, Oscar mio, no pareces contento de hallarte aquí?—dijo el administrador. Con todo, vas á divertirte; aprenderás á montar á caballo, á disparar un fusil, á cazar.

—Yo no sé nada de todo eso,—dijo estúpidamente Oscar.

—Pero si te he mandado venir para que aprendas.

—Mamá me ha dicho que no permanezca aquí más de quince dias, á causa de Mme. Moreau.

—Oh! ya veremos,—respondió Moreau, casi ofendido de que Oscar pusiera en duda su autoridad conyugal.

Presentóse el hijo menor de Moreau, jóven de quince años, despejado, listo.

—Mira,—le dijo su padre, acompaña este camarada á ver á tu madre.

Y el administrador se dirigió rápidamente por el

camino más corto á la casa del guarda, situada entre el parque y la selva. El pabellon que el conde habia dado á habitar á su administrador habia sido construido, algunos años antes de la Revolucíon, por el empresario de la célebre tierra de Cassan, en donde Bergeret, arrendatario general de una fortuna colosal, y que por su lujo se hizo tan célebre como los Bodard, los París, los Bouret, hizo jardines, rios, construyó cartujas, pabellones chinoscos y otras magnificencias ruinosas. Este pabellon, sito en medio de un gran jardín con una pared medianera entre el patio de la servidumbre del palacio de Presles, tenia en otro tiempo su entrada por la calle mayor del pueblo. Despues de comprar esta propiedad, M. de Sérisy padre no tuvo más que derribar esta pared y condenar la puerta del lado del pueblo para reunir el pabellon con las habitaciones de su servidumbre. Suprimiendo otra pared, engrandeció su parque con todos los jardines que el empresario habia adquirido para completar su finca. Este pabellon, construido de piedra picada, al estilo del siglo de Luis XV, (basta esto para decir que sus adornos consistian en *servilletas* debajo de las ventanas, como en las columnaatas de la plaza de Luis XV, en estrías rígidas y secas), se compone en el piso bajo de un hermoso salon comunicando con un dormitorio, y de un comedor acompañado de su sala de billar. Estas dos habitaciones paralelas se hallan separadas por una escalera delante de la cual una especie de peristilo, que sirve de antesala, tiene por decorado la puerta del salon y la del comedor, una enfrente de otra, y las dos muy adornadas. La cocina se halla debajo del comedor, porque se sube á este

pabellon por una escalera de diez peldaños.

Haciendo del primer piso su habitacion, Mme. Moreau habia podido transformar en *boudoir* el antiguo dormitorio. El salon y este *boudoir*, ricamente amueblados con preciosidades elegidas entre el viejo mobiliario del palacio, ciertamente no hubiesen desdecido del hotel de una mujer á la moda. Tapizado de damasco azul y blanco, en otro tiempo las ropas de un gran lecho de honor, este salon, cuyos muebles de vieja madera dorada estaban guarnecidos de la misma tela, ofrecia á las miradas cortinas y portiers muy anchos, forrados de tafetan blanco. Cuadros procedentes de entreventanas destruidas, jardineras, algunos lindos muebles modernos, y hermosas lámparas, sin contar una araña antigua de cristal tallado, daban á esta pieza un aspecto grandioso. La alfombra era una alfombra antigua de Persia. El *boudoir*, enteramente moderno y al gusto de Mme. Moreau, afectaba la forma de una tienda con sus cables de seda azul en un fondo de lino gris. Allí veíase el clásico divan con sus respaldos y sus almohadones de pie. En fin, las jardineras, cuidadas por el jardinero en jefe, alegraban la vista con sus pirámides de flores. El comedor y la sala de billar estaban amueblados de caoba. En torno de su pabellon, la mujer del administrador habia mandado seguir un parterre cuidadosamente cultivado que se unia al parque principal. Bosquecillos de árboles exóticos ocultaban á la vista las habitaciones de la servidumbre. Para facilitar la entrada de su habitacion á las personas que la visitaban, la administradora habia sustituido con una verja la antigua puerta condenada.

La dependencia en que su empleo colocaba á los Moreau se encontraba, pues, diestramente disimulada; y con mayor razon tenian el aspecto de gente rica administrando por gusto la propiedad de un amigo, cuanto que ni el conde ni la condesa venian á abatir sus pretensiones; luego, las concesiones otorgadas por M. de Sérisy, les permitian vivir en esta abundancia, el lujo de la campiña. De manera que lacticinios, aves, huevos, caza, fruta, forraje, flores, legumbres, leña, todo, el administrador y su mujer lo cosechaban en abundancia y con exactitud; puede decirse que no compraban más que la vianda de carnicería, los vinos y los productos coloniales que exigia su vida regalada. La porquera amasaba el pan. Hacía, en fin, algunos años que Moreau pagaba á su carnicero con cerdos de su corral, al mismo tiempo que guardaba lo necesario para su consumo. Un día la condesa, siempre excelente para su antigua doncella, le regaló, quizás como recuerdo, una pequeña calesa de viaje pasada de moda, que Moreau hizo pintar de nuevo, y en la cual paseaba á su mujer, sirviéndose de dos buenos caballos, útiles además para los trabajos del parque. Sin contar estos, el administrador tenia su caballo de silla. Trabajaba en el parque y cultivaba bastante terreno para alimentar á sus caballos y á su gente; agavillaba trescientos mil haces de excelente heno, y no rendía cuentas más que de ciento, en virtud de una autorizacion vagamente otorgada por el conde. En vez de consumirla, vendía la mitad que percibía sobre los censos. A expensas del parque mantenía con largueza su corral, su palomar, sus vacas; pero el estjécol de su cuadra servía para los jar-

dineros del palacio. Cada uno de estos pequeños robos iba acompañado de su justificacion. Servía á la señora la hija de un jardinero, siendo ya su doncella, ya su cocinera. Una moza de corral, encargada de la lechería, ayudaba igualmente á las faenas domésticas. Moreau habia tomado un licenciado del ejército, llamado Brochon, para curar sus caballos y desempeñar los trabajos penosos. En Nerville, en Chauvry, en Beaumont, en Maffliers, en Préroles, en Nointel, por todas partes la bella administradora era recibida en casa de personas que ignoraban ó fingian ignorar su primera condicion. Además, Moreau hacia favores. Dispuso de su señor para cosas que en Paris son fruslerias, pero que tienen importancia inmensa en el fondo de los campos. Despues de haber hecho nombrar el juez de paz de Beaumont y el de l'Isle-Adam, habia, en el mismo año, impedido la destitucion de un guardabosque general y obtenido la cruz de la Legion de honor para el jefe militar de Beaumont. De suerte que no se verificaba una fiesta sin que fuesen invitados á ella M. y Mme. Moreau. El cura párroco y el alcalde de Presles iban á jugar todas las noches á casa de Moreau. Dificil es no ser un excelente sujeto despues de haberse establecido con tal comodidad.

Bonita y remilgada, como todas las doncellas de las grandes damas, que de casadas imitan á sus señoras, la administradora importaba las modas nuevas en la comarca; calzaba boreguies muy caros, y no iba á pie más que los días en que el tiempo estaba bueno. Aunque su marido no asignaba sino quinientos francos para atavíos, esta suma es enorme en el

campo, sobre todo cuando se la emplea bien; de manera que la administradora, rubia, resplandeciente y fresca, de unos treinta y seis años de edad, habiéndose conservado endeble, linda y gentil, á pesar de sus tres hijos, se hacia aún la jóven y se daba aires de princesa. Cuando se la veía pasar en su calesa, dirigiéndose á Beaumont, si algun forastero preguntaba: —¿Quién es? Mme. Moreau se ponía furiosa cuando respondía un hombre del país:—Es la mujer del administrador de Presles. Le gustaba que la tomaran por la dueña del palacio. En las aldeas se complacia en proteger á la gente, como hubiera podido hacerlo una gran dama. La influencia de su marido con el conde, demostrada con tantas pruebas, impedía á la clase media burlarse de Mme. Moreau, la cual, á los ojos de los aldeanos, parecia un personaje. Por lo demás, Estela, (se llamaba Estela), no se mezclaba en los asuntos de la administracion, como la mujer de un agente de cambios no se mezcla en los negocios de la Bolsa; hasta fiaba de su marido los cuidados de la casa, de la fortuna. Confiada en sus medios, se hallaba á mil leguas de sospechar que esta encantadora existencia, que contaba diez y siete años de duracion, pudiera jamás verse amenazada; con todo, al saber la resolucion del conde, relativa á la restauracion del hermoso palacio de Presles, habíase sentido atacada en todas sus satisfacciones, y habia inclinado á su marido á entenderse con Léger, á fin de poder retirarse á l'Isle-Adam. Hubiera sufrido demasiado al hallarse en una dependencia casi doméstica en presencia de su antigua señora, que se hubiese

burlado de ella al verla establecida en el pabellon como una mujer de calidad.

El motivo de la profunda enemistad que reinaba entre los Reybert y los Moreau, provenia de una ofensa inferida por Mme. de Reybert á Mme. Moreau, á consecuencia de un primer pique que se habia permitido la mujer del administrador á la llegada de los Reybert, con objeto de no dejar que menoscabara su supremacia una mujer hija de Corroy. Mme. de Reybert habia recordado, tal vez hecho saber á toda la comarca, la primitiva condicion de Mme. Moreau. La palabra *doncella!* voló de boca en boca. Los envidiosos que los Moreau debian tener en Beaumont, en l'Isle-Adam, en Maffliers, en Champagne, en Nerville, en Chauvry, en Baillet, en Moisselles, comentaron tan bien la noticia, que cayó sobre la casa Moreau más de una chispa de este incendio. Cuatro años hacia que los Reybert, excomulgados por la bella administradora, se veian objeto de tanta animadversion de parte de los afectos á Moreau, que su posicion en el pais no hubiera sido sostenible sin la idea de venganza que hasta entonces les habia alentado. Los Moreau, en muy buenas relaciones con Grindot, el arquitecto, habian sido prevenidos por él de la próxima llegada de un pintor encargado de concluir las pinturas de ornato del palacio cuyos lienzos principales acababan de ser ejecutados por Schinner. El gran pintor habia recomendado al viajero acompañado de Mistigris, para los marcos, arabescos y otros accesorios. De suerte, que hacia dos dias que Mme. Moreau se ponía en pie de guerra y estaba á la expectativa. Un artista que durante algunas semanas debia ser su comensal, exi-

gía gastos. Schinner y su mujer habian tenido sus habitaciones en el palacio, en donde, por orden del conde, fueron tratados como Su Señoría en persona. Grindot, comensal de los Moreau, daba al gran artista tales pruebas de respeto, que ni el administrador ni su mujer se habian atrevido á familiarizarse con este gran artista. Además, los más nobles y los más ricos particulares de las cercanías habian obsequiado á porfía á Schinner y su esposa, disputándose este honor. Así es que, muy satisfecha de tomar en algun modo su revancha, Mme. Moreau se prometia cacarear en el país al artista que esperaba y presentarlo como igual en talento á Schinner.

Por más que la víspera y la antevíspera hubiese lucido dos atavíos llenos de coquetería, la bella administradora habia escalonado harto bien sus recursos para no haber reservado el atavío más encantador, no dudando que el artista iría á comer el sábado. Habíase, pues, calzado unos borceguies de becerro bronceado y unas medias de hilo de Escocia. Un vestido rosa con mil rayas, un cinturón rosa con hebilla de oro ricamente cincelada, una *Jeannette* al cuello y unos brazaletes de terciopelo en sus brazos desnudos, (Mme. de Sérizy tenia hermosos brazos y los dejaba ver mucho) daban á Mme. Moreau todas las apariencias de una elegante parisiense. Llevaba un magnífico sombrero de paja de Italia, adornado de un ramillete de rosas de espuma, comprado en casa de Natier bajo cuyas alas caian, como una cascada de brillantes bucles, sus hermosos cabellos rubios. Después de haber ordenado la comida más delicada y pasado revista á su habitacion, se habia paseado procurando

hallarse ante la canasta de flores, en el gran patio del castillo, como una castellana, al pasar los carruajes. Colocaba sobre su cabeza una deliciosa sombrilla rosa, forrada de seda blanca con franjas. Al ver á Pierrotin, que entregaba á la conserje del palacio los extraños paquetes de Mistigris, sin que ningun viajero se presentase, Estela vió frustradas sus esperanzas, con el sentimiento de haberse ataviado inútilmente. Semejante á la mayor parte de las personas domingueras, sintióse incapaz de otra ocupacion que la de tontear en su salon, esperando el coche de Beaumont, que pasaba una hora después que el de Pierrotin, por más que no saliese de Paris hasta la una de la tarde, y entró en su habitacion mientras los artistas procedian á vestirse en toda regla. El jóven pintor y Mistigris oyeron, en efecto, tan repetidas veces los elogios que de la hermosa Mme. Moreau, hacia el jardinero, á quien pidieron informes, que uno y otro sintieron la necesidad de *empaquetarse* (término de taller), y guardaron su más superlativa compostura para presentarse en el pabellon del administrador, adonde les condujo Santiago Moreau, el mayor de sus hijos, un atrevido muchacho, vestido á la inglesa, con una linda bata de cuello vuelto, que durante las vacaciones vivia como el pez en el agua, en esta posesion donde su madre reinaba como soberana absoluta.

—Mamá,—dijo, ahí tienes á los artistas enviados por M. Schinner.

Mme. Moreau, muy agradablemente sorprendida, se levantó, mandó á su hijo ofrecer sillas y desplegó sus gracias.

—Mamá, el pequeño Husson está con mi padre,—añadió el niño al oído de su madre, voy á traértelo...

—No te apresures, divértios juntos,—dijo la madre.

—Estas solas palabras *no te apresures*, dieron á comprender á los artistas la escasa importancia de su compañero de viaje; pero revelaba tambien el sentimiento de una madrastra hacia un hijastro. En efecto, Mme. Moreau que despues de diez y siete años de matrimonio no podia ignorar el afecto del administrador hácia Mme. Clapart y el pequeño Husson, aborrecía á la madre y al hijo de una manera tan pronunciada, que fácilmente se comprenderá porque el administrador no se habia arriesgado todavía á hacer venir Oscar á Presles.

—Mi marido y yo,—dijo á los dos artistas, estamos encargados de hacerlos los honores del palacio. Amamos mucho las artes, y sobre todo á los artistas, añadió haciendo una mueca, y os suplico que os halleis aquí como en vuestra casa. En el campo, ya lo sabeis, no se usan etiquetas; es preciso que uno goce de entera libertad, sin la cual todo seria insípido. Hemos tenido ya á M. Schinner....

Mistigris miró maliciosamente á su compañero.

—Vosotros le conoceis sin duda?—prosiguió Estela despues de una pausa.

—¿Quién no le conoce, señora,—respondió el pintor.

—Es conocido *como el lúpulo* (como el doblon)—añadió Mistigris.

—M. Grindot me ha dicho vuestro nombre,—preguntó Mme. Moreau, pero yo....

—José Bridau,—respondió el pintor, excesivamente ocupado en saber con que mujer se las habia.

Mistigris principiaba á rebelarse interiormente contra el tono protector de la bella administradora; pero esperaba, lo mismo que Bridau, algun gesto, alguna palabra que arrojase luz, una de esas palabras entre mono y delfin que los pintores, esos crueles y naturales observadores de lo ridículo, que es el pasto de su lápiz, recogen con tanta presteza. Y ante todo, las gruesas manos y los gruesos pies de Estela, hija de unos aldeanos de las cercanias de Saint-Lô, chocaron á los dos artistas; luego una ó dos locuciones de criada, giros gramaticales que desmentian la elegancia del atavío, hicieron en breve reconocer su presa al pintor y á su discípulo; y con una sola mirada cambiada entre ellos, ambos convinieron en tomar en serio á Estela, á fin de pasar agradablemente el tiempo que durase su retiro.

—Amais las artes, quizás las cultivais con éxito, señora?—dijo José Bridau.

—No. Sin ser descuidada, mi educacion ha sido puramente comercial; pero poseo un sentimiento tan delicado y tan profundo de las artes, que M. Schinner, siempre que acababa de pintar un trozo, me llamaba solicitando mi opinion.

—Como Molière consultaba á Laforêt,—dijo Mistigris.

Sin saber que Laforêt fuese una criada, Mme. Moreau respondió con una inclinacion, que demostraba que en su ignorancia aceptaba esta frase como un cumplimento.

—¿Cómo no os ha ofrecido esquiarios?...—dijo

Bridau. Los pintores rabian por las mujeres hermosas.

—¿Qué quereis decir con eso? —prorumpió Mme. Moreau, pintada en su semblante la cólera de una reina ofendida.

—En términos de taller se llama esquiiciar una cabeza á trazar su perfil, —dijo Mistigris con aire insinuante, y nosotros no pedimos permiso de esquiiciar sino las cabezas hermosas. De ahí la locucion: —*Es una hermosura digna de esquiicio!*

—Ignoraba el origen de esa palabra, respondió ella, dirigiendo á Mistigris una mirada llena de dulzura.

—Mi discípulo M. Leon de Lora, —dijo Bridau, revela muy felices disposiciones para el retrato. Se consideraría muy dichoso, *hermosa dama*, con dejaros un recuerdo de nuestro paso por aquí, pintando vuestra encantadora cabeza.

José Bridau hizo un signo á Mistigris, como para decir: — ¡Adelante! no es tan fea esta mujer.

En vista de ello, Leon de Lora se deslizó sobre el canapé, al lado de Estela, y le tomó una mano que ella se dejó tomar.

—¡Oh! señora, si para dar una sorpresa á *vuestro esposo*, quisiérais concederme algunas sesiones en secreto, procuraría excederme á mí mismo. Sois tan bella, tan fresca, tan encantadora!... Un hombre sin talento llegaría á ser un genio teniéndooos por modelo!... Hallaría en vuestros ojos tanta...

—Luego pintaremos á vuestros queridos hijos en los arabescos, —dijo José, interrumpiendo á Mistigris.

—Preferiria tenerlos en mi salon; pero eso sería indiscreto, prosiguió mirando á Bridau con coquetería.

—La hermosura, señora, es una soberana á quien

adoran los pintores, y que tiene sobre ellos muchos derechos.

—Son muy simpáticos, —pensó Mme. Moreau. ¿Os gusta pasear por la tarde, despues de comer, en calesa, por los bosques?

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh! —prorumpió Mistigris á cada circunstancia y con tonos extáticos; Presles será el paraiso terrenal.

—Con una Eva, una rubia, una jóven y arrebatadora eriatura! —añadió Bridau.

En el momento en que Mme. Moreau se pavoneaba y cernía en el séptimo cielo, fué llamada á la tierra, como una cometa por medio de una cuerda.

—¡Señora! —exclamó su doncella, entrando como una bala.

—¡Y bien, Rosalia! quien os autoriza á entrar aquí sin ser llamada?

Rosalía no hizo el menor caso del apóstrofe, y dijo al oido de su señora:

—El señor conde se halla en el palacio.

—¿Pregunta por mí? —replicó la administradora.

—No, señora... pero... pide su maleta y la llave de sus habitaciones.

—Que se las den, —dijo ella haciendo un gesto de mal humor para disimular su turbacion.

—Mamá, aquí te traigo á Oscar Husson! —exclamó el más jóven de sus hijos, entrando con Oscar, quien, encarnado como una cereza, no se atrevió á avanzar, viendo vestidos á los dos pintores.

—Al fin has venido, mi pequeño Oscar, —dijo Estela con afectacion. Espero que te vestirás, prosiguió despues de mirarle de pies á cabeza con el mayor des-

precio. Tu madre no te ha acostumbrado, así lo creo, á comer con gente, mal pergeñado de ese modo.

—¡Oh!—prorumpió el cruel Mistigris, un futuro diplomático debe hallarse *en fondos... de pantalon. Dos trajes valen mas que uno.*

—¡Un futuro diplomático!—exclamó Mme. Moreau.

Aquí al pobre Oscar se le llenaron los ojos de lágrimas, mirando alternativamente á José y á Leon.

—Una broma de viaje,—respondió José, quien por compasion quiso sacar á Oscar de este mal paso.

—El pequeño ha querido reirse como nosotros, y *ha bromado*,—dijo el cruel Mistigris, hélo aquí ahora *como un asno en la pradera.*

—Señora, dijo Rosalta, volviendo á la puerta del salon, su excelencia ordena una comida para ocho personas, y quiere ser servido á las seis. ¿Qué hacemos?...

Durante la conferencia de Estela y su primera doncella, los dos artistas y Oscar cambiaron miradas en las cuales se pintaron horribles aprensiones.

—¡Su Excelencia aquí!—dijo José Bridau.

—Sí, el señor conde de Sérisy,—respondió el pequeño Moreau.

—¿Se hallaba por casualidad en el *coucou*?—dijo Leon de Lora.

—¡Oh!—respondió Oscar, el conde de Sérisy no puede viajar sino en un carruaje de cuatro caballos.

—¿Cómo ha llegado el señor conde de Sérisy?—dijo el pintor á Mme. Moreau, cuando ésta volvió á su sitio bastante mortificada.

—No lo sé,—respondió ella, no me esplico la lle-

gada de Su Señoría, ni lo que viene á hacer aquí. Y Moreau que ha salido!

—Su excelencia suplica al señor Schinner que pase al palacio,—dijo un jardinero, dirigiéndose á José, y le ruega que tenga la amabilidad de comer con él, lo mismo que el señor Mistigris.

—¡Estamos frescos!—dijo riendo el gatuelo. Ese á quien hemos tomado por un plebeyo en el carruaje de Pierrotin, ese es el conde. Con razon se dice que *jamás se arremanga lo que se busca*, (jamás se encuentra lo que se busca.)

Oscar se transformó casi en estatua de sal; porque al oír esta revelacion sintió su gáznate mas salado que el mar.

—Y vos que le habeis hablado de los adoradores de su mujer y de su enfermedad secreta!—dijo Mistigris á Oscar.

—¿Que quereis decir con eso?—exclamó la mujer del administrador, mirando á los dos artistas que salieron riéndose de la cara de Oscar.

Oscar permaneció mudo, aterrado, estúpido, no oyendo nada, por mas que Mme. Moreau le dirigia preguntas y le sacudia violentamente por uno de sus brazos que habia asido y apretaba con fuerza; pero se vió obligada á dejar á Oscar en su salon, sin haber obtenido respuesta, porque Rosalta la llamó de nuevo para pedirle ropa blanca, vajilla de plata, y para que cuidase por sí misma de ejecutar las multiplicadas órdenes que daba el conde. La gente, los jardineros, el conserje y su mujer, todos iban y venian en una confusion fácil de concebir. El amo habia caido en su casa como una bomba.

En efecto, desde lo alto de la cueva, el conde por un sendero de él conocido, había ganado la casa del guarda, á la que llegó mucho antes que Moreau. El guarda quedó estupefacto al ver al verdadero amo.

—¿Está aquí Moreau, pues veo su caballo? — preguntó M. de Sérisy.

—No, monseñor, pero debiendo ir á los Moulineaux antes de comer, ha dejado aquí su caballo mientras da algunas órdenes en el palacio.

El guarda ignoraba la importancia de esta respuesta, que en las actuales circunstancias, á los ojos de un hombre perspicaz, equivalía á una certidumbre.

—Si tienes afición á tu empleo, —dijo el conde á su guarda, vas á ir á escape á Beaumont en este caballo, y entregarás á M. Margueron el billete que voy á escribir.

El conde entró en el pabellon, escribió unas líneas, las dobló de modo que fuese imposible desdoblarlas sin que se conociera, y las entregó á su guarda cuando le vió á caballo.

—Ni una palabra á alma viviente! —dijo. En cuanto á vos, señora, añadió hablando con la mujer del guarda, si Moreau se admira de no encontrar su caballo, le diréis que yo lo he tomado.

Y el conde se metió en su parque, cuya verja le fué franqueada á un gesto suyo. Por acostumbrado que uno se halle al estrago de la política, á sus emociones, á sus descontentos, el alma de un hombre bastante fuerte para amar todavía á la edad del conde, es siempre jóven para la traicion. Costaba tanto á M. de Sérisy verse engañado por Moreau, que en Saint-Brice, más que cómplice de Léger y del notario, le

creyó seducido por ellos. Así es que, á la puerta de la posada, durante la conversacion del padre Léger y del posadero, pensaba aún en perdonar á su administrador despues de una buena reprension. ¡Cosa extraña! La felonía de su hombre de confianza no le preocupaba más que como un episodio, desde el momento en que Oscar había revelado las gloriosas enfermedades del trabajador intrépido, del administrador napoleónico. Secretos tan bien guardados no habian podido ser vendidos más que por Moreau, quien se había burlado sin duda de su bienhechor con la antigua doncella de Mme. de Sérisy, ó con la antigua Aspasia del Directorio. Al precipitarse en el camino de atajo, este Par de Francia, este ministro, había llorado como un niño. ¡Había vertido sus últimas lágrimas! Todos los sentimientos humanos estaban de tal modo y tan vivamente atacados á la vez, que este hombre tan sereno caminaba por un parque como camina una fiera herida.

Cuando Moreau pidió su caballo, y la mujer del guarda le hubo respondido: —El señor conde acaba de llevárselo. — Quién, el señor conde? — exclamó.

—Monseñor el conde de Sérisy, nuestro amo, —dijo ella. Se halla quizás en el palacio, —añadió para desembarazarse del administrador, quien no comprendiendo una palabra de este asunto, se dirigió hácia él.

Moreau retrocedió en breve para interrogar á la mujer del guarda, porque había concluido por encontrar gravedad en la llegada secreta y en la rara accion de su señor. La mujer del guarda, asustada al verse cogida, como en un tornillo, entre el conde y el ad-

ministrador, se habia encerrado dentro del pabellon, bien resuelta á no abrir á nadie más que á su marido. Moreau, cada vez más inquieto, á pesar de sus botas de montar se dirigió corriendo á la conserjería en donde supo al fin que el conde se vestia. Rosalia, á quien el administrador encontró, le dijo:—Siete personas deben comer con Su Señoría.

Moreau se encaminó á su pabellon, y entonces vió á su moza de corral sosteniendo un altercado con un hermoso jóven.

—El señor conde ha dicho el ayudante de Mina, un coronel!—exclamaba la pobre jóven.

—Yo no soy coronel, —respondía Jorge.

—¡Pues bien! os llamais Jorge?

—¿Qué ocurre?—dijo el administrador interviniendo en la cuestion.

—Caballero, me llamo Jorge Marest, soy hijo de un rico quinquillero al por mayor de la calle Saint-Martin, y vengo para un asunto á casa del señor conde de Sérisy, de parte del señor Crottat, notario, cuyo segundo escribiente soy.

—Y yo repito á este caballero que monseñor acaba de decirme: «Va á presentarse un coronel llamado Czerni-Jorge, ayudante del general Mina, que ha venido en el coche de Pierrotin; si pregunta por mí, hacedle entrar en la sala de espera.»

—Vaya, caballero, no hay que jugar con Su Señoría, —dijo el administrador. ¿Pero cómo Su Señoría ha venido aquí, sin avisarme su llegada? ¿Cómo el señor conde ha podido saber que habeis viajado en el coche de Pierrotin?

—Sin duda alguna, —dijo el escribiente, el conde

es el viajero que sin la galanteria de un jóven iba á agazaparse como un conejo en el carruaje de Pierrotin.

—Como un conejo, en el coche de Pierrotin?... —exclamaron el administrador y la porquera.

—Estoy seguro de ello, precisamente á causa de lo que me dice esta muchacha, —prosiguió Jorge Marest.

—¿Cómo puede ser eso? —prorumpió Moreau.

—Ah! así es, —exclamó el escribiente. Para mistificar á los viajeros, les he referido un atajo de disparates acerca del Egipto, la Grecia y la España. Llevaba espuelas, me he hecho pasar por un coronel de caballeria, una historia de risa.

—Veamos, —dijo Moreau. Describidme el viajero que á vuestro modo de ver seria el conde.

—Pero, —dijo Jorge, si tiene la cara como un ladrillo, los cabellos enteramente blancos y las cejas negras.

—¡El es!

—¡Estoy perdido! —dijo Jorge Marest.

—¿Por qué?

—Me he burlado de sus condecoraciones.

—Bah! es muy bueno, le habreis divertido. Venid enseguida al palacio, —dijo Moreau, subo á sus habitaciones. ¿Pero dónde se ha separado de vos?

—En la cima de la montaña.

—Me confundo, —exclamó Moreau.

—Despues de todo, le he embromado, pero no le he ofendido, —se dijo el escribiente.

—¿Y á que venis? —preguntó el administrador.

—Pero si traigo extendida la escritura de venta de la finca de los Moulineaux!